

Cuentos de hadas y duendes patagónicos

La Patagonia es un lugar en donde también habitan las criaturas mágicas.

[Máximo Damián Morales](#) se encargó de corroborar esta afirmación recorriendo distintas localidades de la Patagonia argentina para rescatar leyendas y relatos folklóricos que circulan de boca en boca por la región.

*Fruto de este trabajo apasionado es su libro **Cuentos de hadas y duendes de la Patagonia** (Buenos Aires, Editorial TirNanOg, 2005), del que presentamos dos relatos:*

- ["Pirepillán, el Hada de la Nieve \(La Leyenda de las Termas de Copahue\)"](#)
- ["El Trauko"](#)



Imaginaria agradece a Máximo Damián Morales, recopilador y adaptador de los cuentos, la autorización para la publicación de estos textos.

Pirepillán, el Hada de la Nieve

(La Leyenda de las Termas de Copahue)

Recopilación y adaptación
de **Máximo Damián Morales**.

Cuenta la historia que había una vez un gran guerrero, valiente y fuerte como pocos que se llamaba Copahue.

La gente de la tribu de Copahue se había instalado en la zona norte de la provincia de Neuquén, cerca de la Cordillera de los Andes, y hacía allí se dirigía el gran guerrero junto con sus compañeros, venían desde el otro lado de la Cordillera del Viento, volvían de un viaje a Chile.

A pesar de que todos eran muy fuertes y estaban acostumbrados porque habían hecho ese mismo camino muchas veces, el viento que soplaba les estaba dificultando la travesía.

Copahue asentaba bien cada uno de sus pies en el terreno y avanzaba con la cabeza gacha y los ojos entrecerrados. Sus guerreros hacían lo mismo pero alguno que otro trastabillaba y caía.

El viento comenzó a hacerse cada vez más fuerte y luego se unió con la lluvia. La tormenta desencadenó toda su furia. La cordillera entera comenzó a temblar y grandes rocas caían por las laderas arrastrando a quien se encontrara a su paso.

El frío se hizo presente y comenzó a entumecer los miembros agarrotados de la expedición, lo que hacía aún más dificultosa la marcha.

De pronto se escuchó un gran rugido y una avalancha de piedra y tierra cayó en medio del grupo.

Cuando Copahue abrió los ojos, vio que estaba solo. La tormenta ya había cesado y el rojizo sol de la tarde apenas alumbraba por arriba de las cimas de los cerros de la cordillera.

Se puso de pie y comenzó a caminar sin sentido, pues los golpes lo habían desorientado. De pronto vio que sobre la ladera de un cerro había un toldo y de éste se escapa el resplandor de un fuego.

Caminó directo hacia allí lo más rápido que pudo, pero las lastimaduras lo obligaron a detenerse algunas veces para recobrar el aliento y aguantar el dolor.

Cuando por fin llegó, abrió el cuero que servía de puerta y allí vio a una joven hermosa, la mujer más bella que jamás había visto en toda su vida.

—Puedes pasar Copahue.

El hombre entró sabiendo que se hallaba ante un ser mágico: un hada.

—Mi nombre es Pirepillán y no te preocupes por tus heridas porque las atenderé.

Copahue se dejó guiar por la muchacha que pronto le examinó las heridas, lo lavó y le colocó diversas hierbas y ungüentos. También le dio de beber una infusión con hierbas curativas y pronto se quedó dormido.

Cuando despertó ella estaba a su lado, mirándolo con una sonrisa.

—Ahora recuerdo quién eres, alguna vez te han llamado el Hada de la Nieve.

—Muchos nombres tengo, para ti seré Pirepillán.

El guerrero asintió y al moverse se dio cuenta que sus heridas ya no estaban.

—Ahora debes irte, pero antes de hacerlo debo decirte que llegarás a ser muy grande, el más poderoso de tu pueblo... pero también te diré que eso te costará la vida.

Copahue agradeció el mensaje y las atenciones recibidas, luego la saludó y partió.

A poco tiempo de llegar, fue elegido como el nuevo *lonko* (jefe) de la tribu y dirigió muchas batallas de las que siempre salió victorioso.

Muchas tribus que lo consideraban invencible eligieron unirsele antes que enfrentarlo y la fama de Copahue trascendió de boca en boca.

Pero a pesar de todas sus victorias, el corazón de Copahue estaba acongojado porque después de haber conocido al hada Pirepillán, ninguna otra mujer podía satisfacerlo. Amaba algo que no podía alcanzar y ese deseo incumplido le quitaba el sueño por las noches.

Un día llegó a su tribu un mapuche que le contó que tenía noticias sobre el Hada de la Nieve.

—Dime todo lo que sepas —le gritó Copahue a manera de orden.

El hombre entonces dijo:

—El Hada de la Nieve está prisionera, ha sido raptada por dos monstruos terribles, Uno es un puma con dientes tan afilados que pueden cortar el viento. La otra criatura es un cóndor con dos cabezas tan grandes que puede comerse a medio hombre de un solo picotazo.

—Iremos a rescatar al hada Pirepillán.

Los más ancianos y sabios se reunieron a su alrededor y le dijeron:

—Eres un valiente guerrero pero tus palabras no son sabias. La expedición que quieres llevar adelante obedece únicamente a tu deseo personal por Pirepillán, no para traer un bien a la comunidad.

—Es un hada que me salvó de la muerte.

—No sólo tendrás que vencer a esos dos monstruos, sino que tendrás que subir el volcán donde se encuentra. No puedes ir sin magia, necesitas un talismán poderoso que te proteja.

—No hay tiempo para preparar nada, en cuanto mis hombres estén listos partiré, y si no lo están, partiré solo.

Copahue hizo oídos sordos a los consejos de los ancianos y dirigió la expedición. Cuando llegó al pie del volcán, se despidió de sus hombres y comenzó a subir solo.

Al principio el ascenso fue fácil, pero a medida que iba subiendo las paredes comenzaron a ser más lisas, sin ningún agujero o saliente donde aferrarse o donde apoyar el pie. El viento que sopaba parecía querer empujarlo hacia el fondo y los dedos de las manos comenzaron a agarrotarse por el frío.

Los hielos salientes eran filosos y Copahue sintió el dolor de las heridas del frío. Y cuando sus esperanzas comenzaron a desvanecerse le rogó a Nguenechén que lo ayudara a cumplir con la tarea.

Cuando terminó la oración abrió los ojos y frente a él había una grieta que bien podía ser la entrada a una caverna. Copahue se metió por allí y no había avanzado más que unos metros cuando una sombra se proyectó sobre él, se arrojó a un costado justo a tiempo. Un gigantesco puma con los colmillos más largos y filosos que jamás hubo visto había intentado matarlo.

Copahue no tuvo miedo y enfrentó la mirada de la bestia y cuando ésta se lanzó con sus zarpas y colmillos dispuestos a devorarlo, Copahue extendió su lanza hacia delante y la sostuvo con fuerza y el cuerpo del monstruo no tardó en atravesarla. Luego el guerrero empujó a la fiera hasta el borde del acantilado hasta que finalmente desapareció en el precipicio.

Se volvió hacia el fondo de la gruta donde pronto encontró a Pirepillán, que a pesar del cautiverio estaba tan hermosa y radiante como la había visto la primera vez, pero antes de que logran unirse en un abrazo el Hada de la Nieve le gritó:

—¡Cuidado!

Copahue se agachó justo a tiempo para esquivar los mortíferos picotazos del Cóndor de Dos Cabezas. El guerrero no perdió tiempo y pronto desenfundó su pequeño pero filoso cuchillo con el que, con dos rápidos movimientos, decapitó ambas cabezas del ave infernal.

Pirepillán salió del agujero en la roca que se había metido para evitar el ataque de esos dos monstruos y corrió al encuentro de su amado guerrero.

—¡Copahue! —exclamó la hermosa muchacha rodeándolo con sus brazos.

El cacique no pudo menos que abrazarla y la retuvo así un largo rato, ya que su más profundo deseo se había convertido en realidad.

—Vámonos, mis hombres me están esperando.

—Espera, conozco un camino más fácil, encontraremos a tus hombres una vez que llegemos abajo.

El guerrero asintió y siguió a su amada por una pendiente estrecha.

Al poco de andar vio que el camino comenzaba a relucir cada vez más hasta que se dio cuenta que estaba en una gruta de oro.

—¡Éste es el famoso tesoro del volcán! —exclamó Copahue.

Pirepillán se volvió para mirarlo y dijo:

—Así es, pero no has venido por el tesoro, has venido por mí.

El cacique miró al hada y luego el oro, por un momento la duda embargó su mente, pero luego el amor de su corazón fue más fuerte y dijo:

—Tú eres mi tesoro —y continuó caminando.

Rápidamente llegaron al exterior y luego de bordear el volcán encontraron a los hombres del famoso guerrero.

Cuando llegaron a sus tierras se casaron y vivieron juntos como marido y mujer. Pero algo cambió en el temperamento de Copahue, pues ya no estaba deseoso por ir a la guerra y derramar sangre enemiga.

Poco a poco, el descontento de su propio pueblo fue aumentando. La tribu de Chillimapu había entrado en su territorio y lo desafiaban a pelear, pues decían que Copahue había perdido su antigua fuerza.

El viejo cacique había encontrado el amor y ya no sentía deseos de pelear, pero fue tanta la insistencia de su pueblo que le presentó batalla al enemigo. Murió con honor y como lo hubiera hecho un buen guerrero, murió en el campo de batalla.

Pirepillán no podía creer la noticia, cuando la recibió en su propia casa, mientras abrazaba a la hija que había tenido con Copahue.

La gente comenzó a culparla por la derrota y por la muerte de su gran héroe. El odio se abrió paso como un alud en la montaña y una noche la fueron a buscar a su tienda.

La arrastraron de los sedosos y brillantes cabellos, dispuestos a matarla. El Hada de la Nieve, quien después de tanto tiempo ya casi no tenía magia, gritó el nombre de la única persona que podía ayudarla:

—¡Copahue!

Los hombres que la habían secuestrado se asustaron y le clavaron sus puñales, para luego salir corriendo despavoridos, presas del pánico por lo que habían hecho.

La sangre de Pirepillán pronto se volvió transparente y se transformó en el agua sanadora que hoy recibe el nombre de Termas de Copahue.

La presente versión de esta leyenda mapuche me fue relatada por un anciano, descendiente directo de una machi, que se dedicaba a enseñar el idioma mapuche a quien quisiera oírlo.

El Trauko

Recopilación y adaptación
de **Máximo Damián Morales**.

Había una vez una familia mapuche que vivía en lo alto de un cerro cercano a la Cordillera de los Andes, en la provincia de Neuquén. El hombre y la mujer habían construido sus casa con troncos, ramas y cueros. Eran muy felices allí arriba, alejados del resto de su gente, escuchando el canto de los pájaros y respirando el aire puro de lo alto de la montaña. La comida no era abundante pero tampoco escaseaba por allí. La mujer se dedicaba a criar y cuidar algunos animales mientras que el hombre se encargaba de cazar otros.

Cuando bajaban una vez al año a truequear cueros y carne por otras cosas que necesitaban, la gente del llano les rogaba que no volvieran a subir y que se quedaran con ellos, pero la pareja se negaba. Allí arriba eran felices y comían bien. No necesitaban vivir en el llano.

Pero sucedió un día en que aconteció la desgracia. El hombre, llamado *Ainao* (que significa *Tigre Manso*) estaba persiguiendo un animal para cazarlo, pero en la persecución pisó una piedra floja, resbaló, perdió el equilibrio y terminó cayendo por una grieta oscura en la que encontró la muerte.

Su mujer llamada *Alé* (que significa *Luz de Luna* o *Luz de las Estrellas*) se entristeció muchísimo porque lo amaba con toda la fuerza de su ser. Y desde ese mismo momento supo que ya nunca nadie podría ocupar el hueco que su marido había dejado en su corazón.

Y no sólo el dolor de la pérdida atacó el alma de la mujer, sino también el miedo, porque estaba embarazada de su segundo hijo. El primero había sido niña, una pequeña revoltosa llamada *Ayún* (que significa *Amor*), de casi dos años.

Cuando el momento del alumbramiento estaba cerca, llamó a su pequeña hija y se fueron caminando hacia el llano, bajando despacio y con mucho cuidado. Una vez en la comunidad decidió ir con su familia en la que fue bien recibida.

Allí, en el llano, nació *Mahuen* (que significa *Lluvia*) porque esa noche, unos momentos antes de parir, se levantó una tormenta de viento que atrajo inmensos nubarrones negros que cubrieron al luz de la luna y de las estrellas y pronto se transformaron en una reconfortante lluvia.

Mahuen era hermosa como su hermanita y enseguida succionó del pecho del Alé toda la leche que pudo.

A los tres días Alé ya se había repuesto, saludó a sus parientes, cargó a Mahuen en brazos y llamó a Ayún para emprender el camino de regreso hacia lo alto del cerro.

Tal vez no sea necesario aclarar que ante la determinación de Alé toda su familia, y también el resto de la comunidad, se le había puesto en contra. Le decían que no lo hiciera, que era muy

pronto, que se quedara con ellos, que qué iba a hacer ella sola ahí arriba, que pensara en sus dos hijas y no sé cuántas cosas más.

Pero Alé les sonrió a todos y se fue caminando despacito para subir la montaña. Arriba estaba su casa y si no regresaba pronto todos sus animales y cultivos se perderían.

Mucho trabajó Alé, sola, arriba de la montaña, pero el dolor del esfuerzo dio su fruto y la familia siguió creciendo y prosperando.

El tiempo pasó y las dos hijas de Alé comenzaron a convertirse en niñas, de facciones agraciadas, bonitos ojos y cabello sedoso. Obedientes y trabajadoras ayudaban a su madre en todo lo que podían.

Y más tiempo pasó, aunque muchos no se dieran cuenta de ello, incluso pasó desapercibido para la misma Alé. Pero llegó un día en que cuando vio a sus niñas se dio cuenta que ya habían crecido y se habían convertido en dos bellas jóvenes, una más linda que la otra, aunque Mahuen aún no se había convertido en una mujercita, la belleza no la había esquivado.

Cada año Alé bajaba del cerro y sus hijas le suplicaban que las llevara con ellas, pues querían conocer a otras personas y tenían curiosidad por ver qué había allí abajo. Pero la madre era firme en su determinación y siempre se negó.

Cada año bajaba Alé cargando un fardo pesado de cueros, hierbas y carnes tan alto que superaba su estatura y a los pocos días la veían regresar con un bulto similar en el que sus hijas encontraban telas, agujas, cuchillos y otras herramientas.

Siempre lo mismo, una vez al año su madre ese iba y ellas se quedaban allí mirándola partir, hasta que lo último que veían desaparecer era el gran bulto que llevaba para truequear. Y luego de varios días de ansiosa espera la veían volver, aunque lo primero que se asomaba a su vista era el bulto de las cosas que traía.

Cuando Alé bajaba con su comunidad la llenaban de preguntas: ¿Cuándo se van a instalar aquí? ¿Qué hacen todo el tiempo allí arriba? ¿Ya han crecido las dos niñas? ¿Te parece que la montaña es un buen lugar para criar a dos chicas sola?

Alé ignoraba aquellas palabras, aunque con el paso del tiempo su cuerpo había envejecido, sus articulaciones no eran tan buenas como antes y cada año tardaba un poco más en hacer el mismo trayecto.

Incluso ella misma reía mientras se decía: "Una de dos: o yo me vuelvo más lenta o la montaña crece cada año".

Las hijas, a pesar de su ansiedad por bajar, respetaban los deseos de su madre y la seguían ayudando en todo.

Pero luego del último viaje, Alé comenzó a estar intranquila. Sentía que alguien o algo andaba rondando la casa por la noche. Y no era ningún animal salvaje, a ésos no les tenía miedo, ya se había enfrentado a muchos.

Era algo extraño, algo que parecía humano. Incluso podía sentir las pisadas cerca de la puerta de la casa. Pero en cuanto ella abría los ojos y prestaba atención, el ruido de las pisadas desaparecía en el acto.

Así pasaron algunas noches hasta que finalmente, a la séptima, un grito la despertó.

Estaba muy oscuro, casi no había luna. Alé se refregó los ojos mientras se ponía de pie. El ruido volvió a repetirse y la mujer identificó un llanto. Y la tercera vez supo que el llanto era el de su hija mayor, pues podría reconocerlo desde el otro lado de la Cordillera de los Andes.

Se levantó lo más rápido que pudo y caminando casi a ciegas fue hasta donde dormía su hija y allí la vio. Sentada en un rincón, despeinada, con la cabeza sumergida entre sus rodillas mientras que con los brazos había abrazado sus piernas. Se mecía y lloraba.

—¿Qué ocurre hija mía?

—Un hombre, un hombre vino y me abrazó.

—¿Qué clase de hombre? Aquí no hay nadie.

—Era bajito como un niño y hermoso como un dios, pero con el cuerpo de un hombre. Comenzó a llamarme con su dulce voz y cuando tocó mi mano me hizo estremecer. Nunca nadie me había tocado así, me sentí distinta y me gustó. Continuó acariciándome y yo me rendí a él.

—El *trauko* —dijo Alé.

—¿El qué? —preguntó Ayún entre sollozos.

—El *trauko*, un duende malvado que apetece mucho de las mujeres. No es bueno, no no, no es nada bueno.

Luego abrazó a su hija y la bañó con el agua fría de la cima de la montaña, la acostó y la arropó. Después se puso a preparar las cosas.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntaron sus dos hijas.

—Voy a bajar, voy a ir a ver a la machi para que me diga cómo sacar al *trauko* de esta casa.

—¡No! —le suplicaron las hijas— No te vayas mamá, no nos dejes solas.

—Ustedes tienen que ser fuertes y aguantar hasta que yo vuelva. No le abran la puerta (*) a nadie y quédense juntas. No salgan. No importa lo que escuchen, no salgan.

Alé ya estaba preparada, abrió la puerta. Todavía faltaba un largo rato hasta el amanecer, pero el cielo estaba aclarando.

La mujer se volvió, les sonrió y cerró la puerta.

Las hijas cumplieron el mandato de su madre y la cerraron desde adentro.

La mujer bajó el cerro, piedra a piedra y paso a paso. Finalmente llegó al llano y allí buscó la casa de la machi. Y cuando abrió la boca y estaba por llamarla, la machi salió. Era una mujer muy vieja, parecía tener más de cien años. Su rostro estaba surcado por profundas arrugas, pero sus ojos brillaban como los de un niño.

—¿A cuál de tus hijas visitó el *trauko*? —le dijo la machi luego de un rato.

Alé estaba pasmada, no aguantó más y se puso a llorar. La machi la metió en su casa, la hizo sentar y le dio una taza de té de hierbas.

—El trauko es un duende perverso que apetece mucho de las mujeres, era cosa del tiempo que algún día llegara a tu casa. En tu casa sólo viven mujeres. Además tus hijas son muy hermosas y tanto hombres como traukos las quisieran tener.

—¿Qué debo hacer?

La vieja se quedó por un momento mirando el vacío aunque sus ojos seguían brillando como siempre.

—El trauko es malo pero también es tonto. La curiosidad es su peor debilidad.

La vieja machi se levantó de la silla y se fue caminando despacio, estuvo un buen rato revolviendo unas bolsas hasta que regresó con una del tamaño de una cabeza.

—Este polvo finito es arena. La tenés que poner alrededor de la casa y cuando venga el trauko la va a ver y se va a quedar toda la noche contando los granitos, uno por uno.

—¿Y cuando termine de contar?

—El trauko sólo ataca de noche, la luz del sol lo espanta. Cuando termine de contar ya habrá salido el sol.

Alé tomó la bolsa que le ofrecía la vieja, le entregó unos cueros a cambio de la ayuda y sin ver ni saludar a nadie emprendió el regreso hacia el cerro.

Llegó a la cima agotada, si bien iba ligera de carga la caminata le había quitado las fuerzas. Sus hijas no salieron a recibirla pues habían cumplido el mandato de su madre y la esperaban adentro de la casa, con la puerta trabada.

Luego del encuentro, le dio la bolsa a la menor y le dijo que rodeara la casa con la "arena", sobre todo delante de la puerta.

Al caer la tarde comieron y ya siendo de noche se acostaron a dormir.

Las hijas, a pesar del miedo, se durmieron en el acto mientras que la madre aún seguía con los oídos atentos.

De pronto escuchó los pasos, el trauko había vuelto.

La mujer se acercó despacio, sin hacer ruido y por medio de una rendija lo vio y era tal como su hija lo había descripto: bajito como un niño pero con cuerpo de hombre y el muy desvergonzado iba desnudo.

Pero antes de llegar a la puerta pisó la arena, le llamó la atención y se sentó, la miró un buen rato. Cuando la madre ya sentía que no podría aguantar más en esa posición sin delatar su presencia el duende se agachó y tocó la arena con la mano.

Y tal como lo había dicho la machi, comenzó a contar los granitos de arena, uno por uno.

La madre se movió un poco, y también hizo un poco de ruido en forma involuntaria, pero el trauko no se dio por aludido y continuó con su tarea de contar los granitos de arena.

Cuando llegó el amanecer, el duende se sobresaltó, lanzó un gruñido y salió corriendo.

La madre se acostó a dormir y sus hijas se despertaron.

—Estoy muy cansada, ahora están a salvo, pero no se alejen y no pierdan de vista la una de la otra. Cuidense como hermanas que son y no toquen la arena.

Las muchachas trabajaron todo el día y al comenzar la tarde la madre se levantó y se puso a trabajar con ellas. Pero cuando el sol estaba empezando a ocultarse comenzó a soplar un viento muy fuerte y comenzó a arrastrar hojitas, ramitas, tierra... y arena.

Alé se puso nerviosa. ¿Y ahora qué haría?

Juntó toda la arena que pudo y la metió en la casa para evitar que se volara. No eran más que tres puñados.

—¿Qué ocurre madre? ¿Por qué estás preocupada?

—La arena que me dio la machi impide que el trauko ingrese a la casa, pero el viento se llevó una buena parte. No sé si queda lo suficiente para impedir que entre esta noche.

Las hijas estaban muertas de miedo y la madre también, pero luego de un rato se le ocurrió una idea.

Tomó una rama gruesa de un metro y la metió en la casa. Cenaron y antes de irse a dormir puso la arena que quedaba solamente en el umbral de la casa, en el lado de afuera.

—Ustedes váyanse a dormir que yo me voy a quedar despierta toda la noche, ya van a ver que no pasa nada.

Las hijas no querían pero un té que preparó la madre las relajó y las sumió en un profundo sueño.

Pasó un larguísimo rato antes de que escuchara las pisadas del trauko que regresaba, había dado una vuelta completa a la casa y se había detenido frente a la puerta.

Alé lo espiaba por una rendija en la madera. El duende era desconfiado, pero al fin, se agachó y comenzó a contar los granitos de arena, uno por uno.

Claro que esta vez había muchos menos y ya casi estaba terminando cuando Alé abrió la puerta de una patada y con la rama le dio un fuerte golpe en la cabeza.

La mujer nunca olvidaría la cara de sorpresa del duende cuando ella abrió la puerta empuñando la rama como un garrote.

El trauko chilló de dolor y salió corriendo frotándose el cráneo.

—¡Y mejor que no te vuelva a ver porque la próxima te muelo a palos! —le gritó la mujer desde la puerta de la casa.

Y esa fue la última vez que vieron al trauko, pues nunca más se animó a molestar a esa familia.

Los cuentos sobre el trauko son muchos y variados, pero en todos ellos se lo describe de una forma similar, como un duende malévolo que "apetece mucho de las mujeres".

(*) La idea de puerta es simbólica. Tal como ocurre con los cuentos tradicionales de vampiros, el mal no puede entrar a ninguna casa a menos que haya sido invitado. La puerta de la vivienda

mapuche no era sólida ni tenía cerradura, está demás decir que si alguien hubiera querido entrar, lo hubiera hecho de todos modos. Pero en la creencia popular, a la cual los mapuches no escapan, la puerta actúa como un símbolo de freno y límite entre el interior y el exterior.

Máximo Damián Morales (cazadordelibros@yahoo.com.ar) nació en la ciudad de Buenos Aires en 1973. Es editor egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y Profesor de Enseñanza Primaria.

Dicta numerosas charlas y talleres sobre literatura fantástica y participa activamente en varios eventos relacionados con la mitología celta, la ciencia ficción y la fantasía. También ejerce el oficio de narrador de cuentos y colabora en diferentes medios.

Entre sus obras publicadas se encuentran la novela *Se busca un héroe* (Buenos Aires, Editorial Magisterio del Río de La Plata, 1998) y las recopilaciones de cuentos tradicionales [Cuentos de duendes. Relatos mágicos celtas](#) —junto a Roberto Rosaspini Reynolds— (Buenos Aires, Ediciones Continente, 2003), [Cuentos de brujas. Relatos mágicos medievales](#) (Buenos Aires, Ediciones Continente, 2003), y *Mitos y leyendas de dragones* (Buenos Aires, Ediciones Continente, 2005). En la Editorial TirNanOg publicó *El matador de mil dragones*, *La leyenda del dragón galés*, *La leyenda de San Patricio*, *Patrono de Irlanda* y *Los símbolos celtas y su significado ancestral*.

Artículos relacionados:

[Reseñas de libros: *Cuentos de duendes. Relatos mágicos celtas* \(Selección y traducción de Roberto Rosaspini Reynolds y Máximo Damián Morales\) y *Cuentos de brujas. Relatos mágicos medievales* \(Selección y traducción de Máximo Damián Morales\)](#)

[Ficciones: Un cuento de duendes y otro de brujas](#)

[Destacados: Leyendas, mitos y cuentos folklóricos latinoamericanos \(I\)](#)

[Destacados: Leyendas, mitos y cuentos folklóricos latinoamericanos \(II\)](#)

Os ananos galegos

Selección y traducción de **Roberto Rosaspini Reynolds** y **Máximo Damián Morales**.
Ilustraciones de **Fernando Molinari**.

Os ananos galegos se encuentran distribuidos por todo el norte de España, específicamente en la región de Galicia (antiguamente ocupada por los celtas). La característica de estos duendes radica en que tienen largas barbas blancas y poseen un poder mágico que pueden utilizar a grandes distancias, todos en relación con la naturaleza (pueden crear ráfagas o soplos que alejan a los que los molestan, también pueden hacer agujeros en la tierra o elevaciones de terreno hasta formar muros para protegerse). También se dice que pueden tomar la forma de aves nocturnas. Generalmente viven dentro de los grandes agujeros que se ven en las rocas. Su principal labor es la minería y no se llevan del todo bien con los humanos.

Había una vez un joven llamado Tiago, que vivía junto con su padre Tomé, su madre Ilda y su pequeña hermana Nela en una humilde casa cerca de la zona hoy conocida como Pontevedra.

Cierta día, su padre se lastimó la espalda trabajando. El encargado del puerto, que estimaba mucho a Tomé, lo hizo atender por un hombre versado en la cura de los padecimientos del cuerpo y éste le dijo que podría sanar sólo si permanecía en cama durante seis meses, al menos, sin hacer ningún esfuerzo.

Entonces Tomé mando a llamar a Tiago y le dijo:

—Hijo mío, sé que sólo tenes diez años y que por algo Dios no ha querido darte un cuerpo robusto, pero a partir de ahora deberás ganar el sustento para la familia; ya no serás sólo una valiosa ayuda, en ti recae ahora la responsabilidad de traer la comida cada día a tu madre y a tu hermanita.

Tiago, que permanecía escuchando atentamente con las manos en los bolsillos, sacó la derecha, se frotó su larga nariz con un dedo flaco y asintió:

—Así lo haré, padre.

Rápidamente fue contratado por el encargado del puerto. Pero mientras los demás habían cargado tres veces, Tiago todavía no había podido levantar el primer bulto. No era rápido para enrollar cuerdas y ni siquiera podía arrastrar bolsas. Al terminar su primer día laboral se le había salido la piel de las manos, su cuerpo estaba lleno de moretones y parecía que sus ojos se hubieran hundido dentro de sus cuencas.

Al día siguiente bien temprano, como si fuera un alma que arrastrara su cuerpo, Tiago se presentó puntualmente a su trabajo. En cuanto el encargado del puerto lo vio, lo llamó a gritos y cuando el flacucho muchacho se acercó le dijo:

—Mira, Tiago, yo sé que tu padre es un buen hombre ¡y vaya que tú también eres un buen chico!, pero no quiero cargar con la culpa de tu muerte.

—¿Mi muerte, señor? —preguntó el muchacho totalmente extrañado.

—¡Sí, tu muerte, pues si sigues trabajando aquí, tu alma se te escapará del cuerpo!

—¡No me despida, señor! —rogó Tiago juntando las manos tal como si orara.

—¿Pero qué quieres que haga? ¡Muchacho, ni siquiera puedes arrastrar tu propia alma! Mira, lo mejor es que busques empleo en otra cosa, en algo que vaya más con tus aptitudes físicas.

Tiago se fue del puerto y comenzó a ofrecer su brazo para tareas rurales: levantar la cosecha, sembrar, darles de comer a los animales... pero estaban todos los puestos ocupados y por lo tanto no conseguía trabajo en ningún lado.

Pasaban los días y él no se daba cuenta de que, de tanto buscar en vano, se estaba alejando cada vez más de su casa, internándose más y más hacia el sureste. En una de esas ocasiones, cuando la noche lo sorprendió, tomó la decisión de no regresar al hogar paterno hasta tener un empleo, pues no pensaba volver con las manos vacías.

Y así fue transcurriendo el tiempo. Tiago dormía allí donde encontraba un hueco. Comía setas silvestres. Cada tanto alguna que otra persona lo veía tan flaco que le regalaba una fruta o un pedazo de pan.

Tiago no se daba por vencido y así caminó y caminó hasta que llegó a una zona árida y montañosa, donde escuchó ruidos de golpes provenientes de las bocas de grandes cuevas. Comprendió que los producían algunas personas al picar la piedra. ¡Una mina! ¡Un trabajo!

De inmediato se presentó ante el capataz y éste lo miró de arriba abajo con el ceño fruncido. Tiago pensó, por la actitud que demostraba el hombre, que de nuevo la buena suerte lo esquivaría, pero ante su sorpresa éste le dijo finalmente:

—No tendrás gran fuerza, pero servirás para pasar por los huecos pequeños que van apareciendo en el interior de la mina, colocar lámparas, acarrear agua y materiales. Como recién empiezas y no conoces el oficio, te pagaré la mitad de lo que les pago a los demás. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor —se apuró en decir el muchachito.

Tiago no protestó puesto que había logrado lo que quería: ¡tenía trabajo!

El capataz llamó inmediatamente a un hombre alto y fornido que lo llevó hasta el arcón de las herramientas donde le dio un pico y una lámpara. Sin decir más se internaron por un gran túnel oscuro hacia el interior de la tierra, donde Tiago sintió de repente el extraño olor de la humedad que parecía inundarlo todo. Pronto sus ojos se acostumbraron a la falta de luz y vio que los demás mineros conversaban en susurros y lo miraban de reojo. El muchacho no les brindó la menor importancia.

—Aquí —le indicó el hombre que lo había guiado—. Pegas con el pico así, busca la raja en la piedra, ten cuidado con la lámpara, son caras y si la rompes se te descontará de tu salario. Si tienes algún problema, grita. ¿Has entendido?

Tiago asintió repetidas veces.

El hombre se iba a ir, pero retrocedió y agregó:

—Y otra cosa, si encuentras de repente un agujero redondo, no grites, ven a buscarme de inmediato o ve con el capataz, pero no se lo digas a nadie.

El hombre se fue y a Tiago se le hizo un nudo en la garganta. ¿Agujero redondo en la piedra? ¿Acaso no estaban picando para hacer agujeros en la roca?

Dejó de pensar y comenzó a dar sus primeros golpes. La piel de sus manos se volvió a salir y cada vez que estornudaba sacaba polvo de sus pulmones, pero con el paso de los días sus brazos se hicieron más fuertes y los moretones de su cuerpo fueron desapareciendo.

También, durante ese tiempo, Tiago intentaba escuchar los comentarios de los demás mineros. Notaba que había perturbación y hasta quizás miedo en ellos, que ocultaban algo...

Una noche en que todos habían bebido de más y ya sólo quedaban unos pocos sentados alrededor del fuego, un minero viejo de piel arrugada dijo:

—Díganle al muchacho, tiene derecho a saber...

—¡Estos túneles están malditos! —dijo uno de los hombres como si no se pudiera contener.

—Así es, todos pensamos lo mismo. Cada vez que abrimos un nuevo túnel hacia el este aparecen esos agujeros redondos y se desploma.

—Esos derrumbes ya le han costado la vida a más de diez buenos hombres.

El minero viejo se puso a toser y cambió de posición. Los demás hicieron lo mismo. Tiago vislumbró la figura del capataz que se acercaba.

—Creo que sería bueno que se fueran a dormir —sugirió éste, pero era una orden. Y agregó: —Mañana es día de trabajo.

Tiago se acomodó en su manta, pero a pesar del cansancio no pudo dormir en toda la noche pensando en los agujeros redondos y los derrumbes.

Al otro día todos trabajaron como siempre. Estaba llegando la tarde cuando Tiago arrojó un golpe de pico con tan inusitada fuerza que hizo que toda la pared de roca sólida que tenía delante de él se desmoronara. Entonces, con rápido y casi instintivo movimiento de supervivencia, se cubrió la cabeza y el rostro para protegerlos. En cuanto cesó el ruido, el muchacho miró la roca y el corazón le dio un vuelco. Más que grande fue su estupor cuando vio delante de él un perfecto agujero redondo, como si hubiera sido tallado adrede en la roca.

La primera intención de Tiago fue gritar, pero luego recordó lo que le habían dicho y salió corriendo a toda la velocidad que le permitían sus flacuchas y débiles piernas.

Una vez fuera del túnel se detuvo mirando hacia todos lados en busca del capataz. No lo vio por ninguna parte. Fue entonces corriendo hasta el arcón de las herramientas y allí lo encontró.

—¡El agujero! —dijo Tiago casi sin aliento—. ¡Apareció un agujero redondo!

—¿Lo gritaste? ¿Se lo contaste a alguien?

Y mientras el muchacho meneaba la cabeza en señal de negación dijo:

—Vine directamente corriendo a buscarlo a usted.

En cuanto giraron para dirigirse a la mina, se encontraron con todos los mineros, que los estaban esperando con sus herramientas en las manos. El capataz se detuvo, sacó pecho y les dijo:

—¿Qué les pasa? ¿No van a trabajar?

—¡Otro agujero, señor, otro agujero en el medio de la piedra! —dijo el minero más viejo.

—No queremos morir, señor, cada vez que encontramos uno de esos agujeros el túnel se desploma.

El capataz miró a Tiago y le dijo:

—¿Eres lo bastante pequeño como para pasar por el agujero, muchacho?

—Sí, señor, pero no tengo experiencia y...

—Esta vez no romperemos el agujero, mandaremos a alguien para que pase del otro lado.

El grupo de hombres rodeó a Tiago como si fuera alguna clase de héroe. Le entregaron un pico pequeño y una lámpara llena de aceite.

Mientras avanzaban hacia el túnel Tiago sintió que las piernas le comenzaban a temblar. El capataz apoyó una mano sobre el hombro del muchacho y le dijo:

—Si entras y aseguras el túnel, te pagaré lo mismo que a los demás mineros.

Y aunque esas palabras le dieron aliento, no hay dinero que pague el precio del miedo. A una distancia respetable el grupo se detuvo y el muchacho continuó el camino solo. Ahora el agujero era mucho más atemorizante que antes y una extraña ventisca fría penetraba por él.

—¿Hay alguien ahí?

Una corriente de aire fresco le acarició el rostro poniéndole los pelos de punta.

—Bueno, con permiso, voy a entrar... —dijo Tiago de manera respetuosa. Metió la lámpara, el brazo y luego la cabeza y cuando miró hacia adentro se encontró con una extraña criatura de pequeña estatura y larga barba blanca.



Los dos se quedaron en completo silencio, mirándose el uno al otro.

—¿Sí? —dijo la extraña criatura.

—Yo... yo... ¿Qué eres? ¿Eres un duende?

—Así es, humano intruso. ¿Qué haces en mi casa?

—¿Casa? —siguió preguntando Tiago completamente asombrado.

—Pero pasa, hombre, de una buena vez, me estás haciendo sentir incómodo a mí —dijo el pequeño anano galego (porque, ¡por supuesto!, de esa clase de duende se trataba), y sin esperar respuesta de Tiago lo tomó de una mano y lo depositó en el suelo como una pluma.

—¡Por favor, no me haga daño, señor! —aulló el muchacho que ya había soltado el pico y la lámpara.

—¿Daño? ¡Nosotros... daño a ustedes? ¡No! ¡No! ¡Son ustedes los que rompen nuestra aldea! ¡Ustedes! ¿Por qué no se van a romper las piedras a otro lado? ¿Por qué vienen a romper nuestras casas?

—Pero los derrumbes, los mineros que...

—Si continúan picando, derrumbaremos el túnel.

—¡Pero si derrumban los túneles mis compañeros morirán!

—¡Si siguen excavando, todo mi pueblo morirá!

—Pero si no cavamos, no cobraré mi salario, y si no gano dinero, mi familia morirá de hambre.

—¿Así es que todo este asunto del golpeteo es por dinero? —dijo el anano mientras se enroscaba la barba blanca con un dedo.

—Es nuestro trabajo...

—¡Y nosotros respetamos mucho el trabajo! ¿O piensas que porque vivimos aquí dentro no trabajamos, eh? Sin embargo, no puedo permitir que sigan destruyendo nuestra ciudad, y por lo tanto, tendré que ponerle un drástico punto final a este atropello, pero tú me has caído simpático. Me gustó eso de que pidieras permiso a pesar de que no me habías visto... Ven.

Tiago miró para un lado y para el otro pero no veía hacia dónde quería el anano que lo siguiera.

—¡Vamos! ¡Ven! ¡Sígueme! Te mostraré algo que ningún humano ha visto jamás...

El duende le dio la espalda, empujó unas piedras como si fuera barro y pronto apareció un pequeño túnel. Penetró en él y comenzó a andar con pasitos cortos y rápidos. Tiago se apuró en seguirlo, avanzando sobre sus manos y rodillas puesto que la altura del túnel estaba hecha a la medida del anano.

El anano lo llevó por unos pequeños pasadizos en los que Tiago casi no cabía, pero cada vez que se quedaba atorado, el duende se daba vuelta, acariciaba la piedra de las paredes y el túnel se ensanchaba. Además, y a pesar de no llevar ningún tipo de lámpara, había cierta luminiscencia en el anano que iluminaba los túneles. Por último llegaron al final del recorrido, que terminaba en una pesada puerta de piedra tallada con extraños símbolos.

—Bienvenido a mi hogar —le manifestó el anano.

El duende abrió la puerta y Tiago no podía terminar de ver todo lo que se ofrecía ante sus ojos: un mundo subterráneo poblado de duendes grandes, jóvenes, pequeños, viejos, chicos, hombres y mujeres que trabajaban, jugaban, reían, cocinaban, lavaban, viajaban... ¡Era increíble!

—Guarda esta imagen en tu corazón, porque nunca más la verán ojos humanos.

Tiago temblaba de emoción y de asombro y no tenía palabras para decir lo que sentía ni para agradecerle al duende.

—Éste es mi regalo para ti.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Me has hecho entender que los hombres no se detendrán. Tú debes salvar a tu familia y yo debo salvar a la mía. Sobre mí recae toda la responsabilidad del pueblo. Ahora que esta mina está vacía, la voy a derrumbar. Debo salvar a mi pueblo.

—Pero...

—Adiós, mi querido Tiago, y gracias por tu visita...

El anano inspiró profundamente como si absorbiera dentro de él todo el aire que había en la cueva, y los cachetes se le volvieron colorados como si fueran de metal calentados en una fragua; de pronto, abrió los labios y dejó escapar un soplo que se transformó rápidamente en un terrible viento que se arremolinó alrededor de Tiago y comenzó a arrastrarlo por los aires, haciéndolo atravesar todos los pasadizos que había recorrido con el duende, hasta que llegó al agujero redondo y todavía siguió volando en ese remolino de viento que iba derrumbando los túneles y las vigas a medida que pasaba. Al fin salió disparado fuera de la entrada de la mina y cayó sobre el suelo. Detrás de él llegó el estrépito de los túneles derrumbándose y una gruesa capa de polvo que cubrió todo.

Los hombres se alejaron corriendo del lugar, dejando sus herramientas y pertenencias. Al rato el insólito viento comenzó a amainar pero la tierra todavía temblaba. Tiago se sentía aplastado contra el suelo, estaba algo golpeado pero se encontraba bien; sin embargo, al ver el terror de los demás mineros, que huían despavoridos, se puso de pie inmediatamente y corrió hacia su casa.

Después de tres días de andar llegó por fin, exhausto, a su hogar. Su madre y su hermana lo miraban desde lejos sin reconocerlo, porque en esas jornadas de minero Tiago se había convertido en todo un hombre, estaba mucho más alto y corpulento, le había crecido el cabello y una barba rala comenzaba a asomar en su mentón.

Nela fue la primera que lo reconoció y, al hacerlo, exclamó eufórica:

—¡Es Tiago, es Tiago, madre! —y corrió a abrazar a su hermano.

La alegría iluminó el rostro de todos. Pronto lo hicieron pasar a la casa, pero al llegar ante la cama de su padre convaleciente, éste le gritó:

—¡Me has defraudado, Tiago! ¡Te dije que la responsabilidad de la familia caería sobre ti y nos abandonaste! ¿Tan mal padre he sido que en el momento de más necesidad te largas abandonando a tu familia a la buena de Dios?

Tiago, que desbordaba de felicidad porque había vuelto a su hogar y estaba ansioso por contarle a su querida familia sus aventuras y el encuentro con el duende, al recibir los reproches de su padre, se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos, como hacía siempre que lo retaban.

Sin embargo, ahora los bolsillos estaban llenos de piedritas que le pinchaban las manos. Las apretó con furia para descargar su bronca deshaciéndolas, pero eran muy duras; entonces, tomó un puñado en cada mano, las sacó del bolsillo y se puso a observarlas con detenimiento.

¡No lo podía creer! Sus bolsillos estaban rebosantes de piedras preciosas. De pronto Tiago se dio cuenta de que su padre aún lo seguía retando. Para "taparle la boca", vació los dos puñados sobre la cama, y el padre, al comprender lo que veían sus ojos, se quedó mudo.

De inmediato, la alegría embargó a toda la familia. Había tantas pero tantas piedras preciosas en la casa, que ninguno tendría que trabajar nunca más por el sustento, y todos podrían ser dueños de la querida tierra en la que vivirían felices hasta el fin de sus días.
